

envalentonados con la impunidad de sus sediciones bajo el gobierno de la regente, se habían vuelto á levantar en abierta rebelion á favor del hermano menor del rey, el duque Gaston de Orleans. Este, por gran fortuna del cardenal, era príncipe amable, bien educado, fino, pero incapaz, flojo, egoísta, mezquino, y estaba dominado siempre por algun favorito á quien sacrificaba y abandonaba sin remordimiento á la menor contingencia. Ya en el año 1626 reclamaron los grandes del reino para Gaston, que era el heredero presunto del trono interin el rey no tenia sucesion, la entrada en el consejo secreto, á fin de derribar con su auxilio al cardenal; y estuvieron todos acordes en echar mano de la fuerza si no lograban su intento por medios pacíficos. Formaban parte de la conjuración dos hermanos bastardos del rey, los duques de Vendome; pero esto no intimidó á Richelieu, decidido á sostener incólume la autoridad real aun contra sus mas próximos parientes. En su consecuencia mandó prender, como si fuesen simples particulares, á los dos hijos ilegítimos de Enrique IV. Gaston, seducido por el jóven conde de Chalais, defensor entusiasta de los privilegios de la nobleza, resolvió, en vista de esta prision, levantarse en rebelion abierta; pero su debilidad y cobardía le hicieron perder tiempo; Richelieu pudo descubrir el complot, y el príncipe infame, para lograr el perdón y una dotación pingüe, no titubeó en revelar al cardenal los nombres de todos sus amigos y sus planes. Por resultado de estas revelaciones fué decapitado Chalais; el anciano mariscal Ornano, ayo y favorito de Gaston, murió en el calabozo, y Gaston se consoló casándose con la princesa de Montpensier, la heredera mas rica de Francia, con cuyo dote aumentó sus rentas hasta un millón de libras anuales. Entre personas semejantes y un Richelieu no había para el rey vacilacion posible, y desde el tiempo de Luis XI no se había procedido con una energía tan cruel é inflexible contra personas que llevaban los nombres mas ilustres de Francia.

A esta derrota siguió una reaccion general contra la alta nobleza, reaccion que patentizó hasta qué grado había perdido la estimación y el cariño del pueblo. La Bretaña, la provincia hasta entonces mas soberbia, la de mas humos de independencia, y hasta declaradamente hostil al pueblo francés, no quiso recibir ya por gobernador á ningun miembro de la familia de sus antiguos duques; y cumpliendo con un deseo repetidas veces expresado por los parlamentos, se dió orden, por un decreto fechado en 31 de julio de 1626, de arrasar todas las fortificaciones que no sirvieran para la defensa de las fronteras. Las consecuencias de esta disposición fueron incalculables, pues era el golpe mortal para el señorío feudal y acababa de una vez con todos los resabios de independencia. No se lo dejaron decir dos veces los pueblos, que á los acordes de alegres músicas se pusieron á trabajar con afán en el derribo de los siniestros recintos de donde habían salido tantas expediciones para asolar las pacíficas comarcas con matanzas, incendios y pillajes. Al propio tiempo fueron abolidas las altas dignidades hereditarias de Gran-Almirante y de Condestable, con todo lo cual desaparecieron en Francia completamente las viejas instituciones de la Edad-Media.

Los desórdenes y horrores de las luchas civiles que desde cerca de sesenta años antes asolaban el país arruinando la población, tanto la de las ciudades como la del campo, habían arraigado en la inmensa mayoría del pueblo francés un entusiasmo indescriptible á favor del sistema monárquico, y como en tiempo de Luis VI y de Felipe Augusto, se colocó toda la nación al lado del trono contra la nobleza. Con tan poderoso auxilio pudo hacer Richelieu lo que hizo: cambiar todo el modo de ser de Francia en el corto plazo de diez y ocho años que duró su gobierno. Su poderoso genio habría sido

insuficiente para realizar semejante revolucion sin la cooperación decidida del pueblo. Solo con este apoyo pudo desplegar su aterrador y consecuente gobierno que no tenia consideración con nadie, por elevada que fuese su categoría, si traspasaba la ley. Así, por ejemplo, dos condes, hijos de las primeras y mas nobles familias del reino, fueron públicamente ejecutados en junio de 1627 porque habían provocado un desafío en contravención á una orden reciente. El cardenal permaneció inexorable á todas las súplicas con que las personas mas principales le asediaron por todos lados.

En tales circunstancias pudo reunir el poderoso ministro un parlamento de notables sin temor de oposición; parlamento que en efecto se mostró completamente adicto al trono y obediente al gran ministro. Estableció los castigos mas rigurosos para los culpables de lesa majestad, y la justicia bárbara y cruel de aquellos tiempos permitió dar á este crimen toda la extension que se quisiera. Fijó tambien la fuerza del ejército permanente en cerca de 30,000 hombres, y las fuerzas marítimas en 45 buques de guerra y un grandísimo número de galeras, á fin de hacer frente á enemigos exteriores é interiores. Con estas disposiciones empezó Francia á adquirir un nuevo aspecto político y social.

No se resignó, sin embargo, la alta nobleza á someterse de una vez para siempre al trono y ver desaparecer su insolente independencia, tanto menos cuanto que tenia todavía esperanzas de recibir auxilio del extranjero; de modo que Richelieu se vió en el caso de proceder á la ejecución de la segunda parte de su programa aun antes de haber completado la realización de la primera con la pacificación y unificación interiores. Esta segunda parte consistía en establecer la supremacía de Francia sobre los demás Estados europeos y especialmente en humillar á la casa de Austria que dominaba entonces en Alemania, Italia, España, el Sur de los Países Bajos, y en otras partes del mundo. Habiendo quedado vacante el trono del ducado de Mantua suscitóse una disputa sobre la herencia, que correspondía de derecho al duque de Nevers, contra el cual se coligaron el emperador de Alemania, la España y la Saboya. Richelieu no vaciló en aprovechar esta ocasión para combatir la dominación de España en Italia, donde parecía absorberlo todo, é intervino, decidido á dirigir la campaña él mismo, pues su incomparable genio á todo se atrevía y todo lo abarcaba, habiendo sido á la vez príncipe de la Iglesia, literato, ministro universal, es decir del Interior, de Marina, de Negocios extranjeros y luego general eminente! Llevóse en su compañía al rey, porque la inseguridad de su posición á despecho de tantos triunfos y del cúmulo de dificultades que le rodeaban le hacia temer que lejos de su presencia el débil y desconfiado monarca prestaría muy pronto oído á sus enemigos.

Cubierto de hierro como tantos otros príncipes de la Iglesia en la Edad-Media, ceñida la espada, y en el cinturón las pistolas, presentóse el cardenal á la cabeza de 25,000 combatientes en Italia, alcanzando en 26 de julio de 1630, sobre los aliados cerca de Avigliana, una importante victoria, que le entregó toda la Saboya y el Piamonte con todos sus pasos de los Alpes. Despues, en la paz de Chierasco, que negoció el jóven legado papal Julio Mazarini, quedó el duque de Nevers reconocido como dueño de Mantua. Fué éste un triunfo brillantísimo de la política de Francia. Su protegido, el nuevo duque de Mantua, hizo ocupar su importante fortaleza de Casale por regimientos franceses. España, que ya consideraba la península de los Apeninos como su indisputable propiedad, despues de sufrir allí mismo una gran derrota, tuvo que oír además desde entonces el redoble de los tambores franceses; y lo que todavía era peor, hubo de sufrir que el cardenal, contra todo lo estipulado ex-

presamente en la paz de Chierasco, lograrse del jóven y débil duque de Saboya con promesas y amenazas, que cediera secretamente á Francia la importante fortaleza de Pignerol, que dominaba uno de los pasos mas principales de los Alpes.

Cuán poco le importaban los intereses del partido católico, se ve en su política con la rama alemana de la casa de Austria, porque solo para interrumpir la carrera victoriosa del emperador contra los protestantes, dió orden á sus agentes diplomáticos de trabajar para que se hiciese la paz entre la Polonia y el heróico rey de Suecia, Gustavo Adolfo, á fin de que éste tuviera libres las manos contra el Austria y sus aliados los católicos de Alemania. Ni interrumpió jamás desde entonces sus negociaciones con este rey para una alianza ofensiva contra los Habsburgos.

Los hilos de la política de Richelieu, en apariencia enmarañados, se extendieron de esta manera por toda Europa, encaminados todos al único objeto perseguido al través de todas las complicaciones con inflexible constancia, pero que por esta misma cualidad por poco causaron su caída, porque María de Médicis, al principio su apasionada protectora, le cobró odio por su indiferencia para con los intereses católicos, y empleó toda su influencia sobre su hijo para lograr que despidiera al ministro. Sin embargo, la madre hubo de conocer, como habían conocido los hermanos, el terrible poder que el cardenal ejercía sobre el alma de su hijo, incapaz de sentir verdadero afecto á nadie. Desterrada de la presencia de su hijo, refugióse en julio de 1631 en los Países Bajos, entre los enemigos de Francia, en Bruselas. Jamás volvió; Richelieu, que no tenia clemencia ni perdón para sus adversarios, la abandonó á su suerte, y la viuda del rey Enrique IV, la ex-regente del reino, murió en Colonia en la mayor indignación por haber osado contrariar los planes del cardenal en favor del principio monárquico absoluto. El heredero presunto del trono, Gaston, aliado de la ex-regente, no creyéndose ya seguro en Orleans, huyó y se refugió tambien en la corte del enemigo mas encarnizado de su país, el duque de Lorena. Su amigo el canceller Marillac fué depuesto, y el hermano de éste, el mariscal, acusado sin pruebas, murió decapitado. Cierto que nunca ni en ningun país se ha sostenido el poder del trono con un rigor análogo hasta contra los mas allegados y parciales del monarca como en Francia bajo el gobierno de Richelieu.

Tanto rigor aguijoneó el espíritu de libertad y de independencia que no estaba muerto; y se organizó una nueva y no despreciable coalición contra Richelieu, que estalló con motivo de la ejecución del mariscal de Marillac, adversario personal del cardenal, juzgado y condenado por una comisión extralegal. La suerte de la reina viuda contribuyó igualmente al descontento que se apoderó tambien de los parlamentos, que hacían entonces las veces de tribunales supremos de las provincias, y se comunicó á los consejos municipales, corporaciones mas independientes, cuyos miembros pertenecían á las clases elevadas y privilegiadas. Todos estos estaban muy distantes de someterse como ciegos instrumentos á la voluntad despótica del ministro y encontraron en la nobleza muy celosos aliados. Hasta los partidarios mas leales del cardenal vacilaron, pues despues de ver su proceder contra la madre y el hermano del rey, veían en él, no ya un servidor del trono, sino un ambicioso ciego que quería levantarse sobre las ruinas de las casas mas distinguidas del reino, sin excluir la casa real. A todo esto se agregaba la seguridad para los descontentos de poder contar decididamente con el auxilio extranjero, atendida la union estrecha de Gaston con Carlos IV de Lorena, hombre turbulento y siempre adicto al emperador y á España.

En agosto de 1631 tuvo el gobierno que expulsar á la

fuerza al gobernador de la Provenza, el duque de Guisa, porque amenazaba sublevarse. Mas peligroso se hizo el gobernador del Languedoc, el duque Enrique de Montmorency, cuya familia era la primera y la mas ilustre despues de la real, con la cual estaba además emparentada por casamientos. El duque era un caballero modelo, amable, valiente, generoso y brillante, que no creía que fuese ninguna felonía oponerse en union del parlamento de su provincia, tan poblada y amante de la independencia como de la madre y hermano del rey, al despotismo insolente de un pequeño, aunque afortunado, noble de aldea. Así, pues, mientras este personaje desplegaba la bandera de la rebelion contra el cardenal en el Mediodía, penetró Gaston de Orleans, en junio de 1632, por el Este en el reino á la cabeza de tropas lorenesas y españolas.

La posición de Richelieu era tanto mas desesperada cuanto que los que se habían levantado contra él y contra la omnipotencia del trono con tanta violencia representaban una clase y derechos históricos legitimados y consagrados por el tiempo y por toda la organización social hasta entonces; de suerte que en sentido retrospectivo tenían de su parte la razón; solo que el revolucionario que se hallaba á la cabeza del país era un genio grande que contestó con una actividad revolucionaria asombrosa. Rodeado de peligros por todas partes, convencido de que la menor vacilación que indicase debilidad sería su sentencia de muerte, procedió en todas las direcciones con la energía de que era capaz, decidido á aniquilar completamente á todo enemigo, fuese quien fuese, que cayera en sus manos. Favorecióle, lo mismo que al principio monárquico absoluto, la circunstancia de que los diferentes elementos que se le oponían no podían ponerse acordes y obrar unidos. Los hugonotes, miserablemente abandonados poco antes que los grandes, no prestaron entonces oído á sus proposiciones; la misma alta nobleza estaba dividida por pequeñeces y mezquindades egoístas, y algunos de sus individuos, como Condé y Epernon, eran del partido del cardenal. A pesar de esto, á no ser por la actividad y decisión del ministro, habría ganado mucho terreno la revolución si hubiese podido lograr al principio algunas ventajas; pero Richelieu tuvo buen cuidado de no permitirlo; sus tropas, es decir, las del rey estaban en todas partes á mano. Un ejército francés penetró en la Lorena y conquistó este ducado en ocho días, obligando á Carlos IV á firmar la paz de Liverdun que le dejó muy poco mas que el mero título de su ducado. Hecho esto, con la mayor parte de esas tropas unidas á un cuerpo sueco atacó á las fuerzas españolas en el electorado de Tréveris, privando así á los rebeldes de este apoyo. Gaston que entre tanto había penetrado en Borgoña, no encontró allí partido; tan atemorizada estaba la población del rigor del ministro principal, que era el nombre que le daba el público. Solo una gran victoria podría haber cambiado el espíritu público; así es que el príncipe no tuvo mas remedio que reunirse con Montmorency en el Languedoc, donde efectivamente encontró al gobernador y toda la provincia en armas. Bien dirigidas podrían haber hecho mucho estas fuerzas numerosas, porque el mariscal Schomberg que mandaba las tropas reales tuvo que encerrarse en una posición fuerte cerca de Castelnaudary, donde se presentaron los sublevados el 1.º de setiembre de 1632. Montmorency, ardiente y osado caballero, no quiso aguardar el efecto de su artillería y se lanzó con su acompañamiento de nobles temerariamente sobre sus bien protegidos y preparados adversarios. No tardó en caer herido y ser hecho prisionero.

Este necio ataque decidió de la suerte de toda la sublevación. Perdido su amado y venerado jefe, se disolvió el partido de resistencia en el Languedoc; las milicias arrojaron las



armas á toda prisa, y Gaston solo pensó en los medios de reconciliarse con su hermano y salvar así su pingüe dotacion hasta otra ocasion mejor. Con este objeto sacrificó deliberada y directamente á sus desgraciados partidarios vendiéndolos y entregándolos al rigor de la ley. Pocas veces se ha perdido una causa grande y respetable por un egoísmo tan cobarde y tan infame. Richelieu resuelto á dar á la nobleza un saludable y terrible ejemplo de su rigor, hizo condenar á Montmorency á muerte por el parlamento de Tolosa, y en 30 de octubre de 1632 murió á manos del verdugo el postrer vástago de esta noble familia, llorado por todo el pueblo cuyo amor se habia captado con sus bellísimas cualidades y noble comportamiento en el infortunio. El odio contra el cardenal era grande, pero mayor era el temor que se le tenia, confirmando tambien en este caso el principio de gobierno: *oderint dum metuant*.

No fué esta la última medida de rigor. Se nombraron tribunales ambulantes extraordinarios, que recorrieron las provincias, sembrando el terror en todas partes; y donde los parlamentos, únicos tribunales superiores legales, se opusieron á que ejercieran su mision alejando los preceptos de la ley, pero se empleó la fuerza para vencer toda resistencia. Publicóse en cambio una amnistia que restableció la independencia en las provincias del Mediodía, bien que de un modo que ya no podia ser peligrosa para el gobierno central; pero todos los funcionarios de la corte, los gobernadores de provincias y comandantes de plazas fuertes que no se habian mostrado incondicionalmente adictos al cardenal fueron destituidos y reemplazados por instrumentos de este, en cuya persona estaba encarnada toda la autoridad de la nacion. El rey mismo estaba en su poder, tanto que redactaba artículos para la *Gaceta de Francia* fundada por aquel tiempo, en los cuales defendia los proyectos y medidas de su ministro.

Luego que tuvo asegurada la tranquilidad en el interior, pudo Richelieu dirigir toda su atencion á la política extranjera, donde la fortuna se le mostró tambien propicia. Gustavo Adolfo, aliado molesto de Francia, y que de ninguna manera queria ser instrumento de ella para sus fines particulares, murió como héroe en la batalla de Luetzen, y el desamparo en que quedaron con esta pérdida los protestantes alemanes allanó el camino á Richelieu, primero para sustituir la influencia de Suecia en las cosas de Alemania por la de Francia, y en segundo lugar para dirigir esta misma influencia al logro del constante objeto de la política francesa: la adquisicion de toda la orilla izquierda del Rhin. Todos los medios le parecieron buenos y los empleó para realizar ambos propósitos; la astucia, el soborno y las armas. Así incorporó á la Francia la Lorena y Tréveris; muchas ciudades de Alsacia y el elector de Colonia se sometieron á la proteccion de Francia y admitieron guarniciones francesas; y la terrible derrota de los suecos cerca de Nordlingen obligó tambien á estos á echarse en brazos de la Francia.

Mientras el cardenal obtenia estas ventajas en el extranjero, volvieron á aumentarse los obstáculos en el interior, donde una reaccion general puso en durísimo trance la energía y los recursos del gran ministro. Las incesantes guerras habian puesto á prueba la fuerza tributaria del país, que no podia con la carga y se desahogaba en repetidas sublevaciones de carácter tan grave que solo pudieron ser ahogadas en rios de sangre. Los parlamentos se pusieron del lado de los descontentos, y en el extranjero acudió la España al auxilio de la casa de Austria que pudo declarar á la Francia en mayo de 1635, una guerra que duró sin interrupcion veinticuatro años. Las tropas francesas, en su mayor parte compuestas de quintos y soldados bisoños, se mostraron flacas y poco resistentes, y los jefes incapaces, codiciosos y penden-

cieros. Así sufrieron derrota tras derrota, se los echó de Tréveris, de la Lorena y de la Alsacia; la magnífica vision de la orilla izquierda del Rhin, que Richelieu ya creia tocar con la mano, se desvaneció como humo; y los Habsburgos, tan temerariamente provocados y atacados por la Francia, se prepararon para tomar su desquite llevando sus armas á las mismas fronteras francesas defendidas por un príncipe alemán con sus tropas al sueldo de Francia, Bernardo de Weimar. Otro ejército hispano austriaco penetró en el Norte de Francia desde los Países Bajos, y en julio de 1636 la atrevida caballería imperial á las órdenes de Juan de Werth, hijo de simples aldeanos del Bajo Rhin, llegó hasta los muros de Paris; con lo cual recibió un golpe sensible el crédito de Richelieu, á quien de todo se le atribuía la culpa, por la mala distribucion de las fuerzas francesas, y peor eleccion de los jefes. El pueblo se mostró irradísimo contra él, y el rey estuvo á punto de despedirle. Cincuenta años antes se habrian levantado contra él en tan formidable situacion el pueblo y la nobleza, habrian despedazado al ministro y obligado al rey á firmar sin dilacion la paz con el victorioso; pero Richelieu y su obra se mostraron á la altura de tan terrible prueba. Gracias á su gobierno y al de Enrique IV habian hecho grandísimos progresos en el espíritu de los franceses el sentimiento nacional y el tacto político; y cuando el ministro, despues de un momento de temor y de vacilacion, perdonables en una situacion tan aterradora aun para un genio tan vigoroso como el suyo, apeló directamente á la poblacion de la capital, pidiendo su auxilio en la defensa de la ciudad y de la Francia, se cambiaron repentinamente el temor y el odio momentáneos en unánime entusiasmo. Las corporaciones todas, jurídicas, científicas y populares ofrecieron abundantes recursos en dinero, mientras los jóvenes sentaron plaza como voluntarios y completaron en un abrir y cerrar de ojos los regimientos de nueva creacion. Así pudieron ser arrojados los enemigos de la proximidad de la capital y con esto pasó el peligro mas grave; porque tampoco trataron los enemigos de aprovechar las ventajas que habian obtenido. Imperturbable soportó Richelieu todas las adversidades, las derrotas de las tropas francesas por las fuerzas mas aguerridas extranjeras, el tesoro vacío y la hacienda en desórden, hostigada su persona y combatidos sus proyectos por los parlamentos ó cortes supremas de justicia, las intrigas de palacio y las luchas con continuos levantamientos sediciosos del pueblo.

Así pasó los primeros años de la guerra, y lentamente, muy paso á paso cambió la corriente de los sucesos. El talento de este grande hombre fué superior á las circunstancias que habian amenazado anonadarle, y en medio de la adversidad rechazó las proposiciones de los españoles y del emperador de hacer la paz con la condicion de volver las cosas al estado en que se hallaban antes de la guerra.

Cambió la fortuna y la primera ventaja que obtuvo la Francia la debió á las armas de mercenarios alemanes. Bernardo de Weimar conquistó la Alsacia y desde entonces vigorizóse el ejército frances alcanzando ventajas tras ventajas en el Mediodía de Bélgica, en Alemania y en el Norte de Italia. En el año 1639 quedó aniquilado el poder marítimo de España con la destruccion de su gran armada de 70 navios de alto bordo, á cuya desgracia se añadieron sublevaciones en diferentes provincias; primero, en 1640, levantóse Cataluña, luego separóse el reino de Portugal; y la bandera francesa ondeó en la península ibérica que hasta entonces parecia inviolable.

La autoridad poderosa é incansable de Richelieu se hacia sentir en todas partes. En la Gran Bretaña estaba el cardenal defensor de la monarquía en Francia, en estrechas relaciones

con los escoceses revoltosos y con el Parlamento Largo para suscitar dificultades al rey de Inglaterra Carlos I, que no le perdonaba la perfidia del año 1626. Todos los medios parecian buenos á Richelieu si conducian á hacer á la Francia preponderante; y en efecto en toda la Europa iba este país progresando; la opinion pública estaba en su favor, y las otras naciones no comprendian entonces el verdadero valor y significacion de las bellas frases con que la Francia sabia encubrir su pasion de dominar y su vanidad nacional.

Mas todos estos brillantes resultados no lograron consolidar la posicion del ministro, contra el cual conspiraba secretamente el partido clerical, que le encontraba demasiado tolerante para con los hugonotes; y en 1641 estalló una nueva rebelion de nobles poderosos, capitaneados por un príncipe real, el conde de Soissons, que derrotó al ejército real completamente cerca del bosque de Marfée. Habria podido tener fatalísimas consecuencias este descalabro, sin la muerte del caudillo enemigo, el mismo conde de Soissons, que sucumbió en la batalla, muerta que quitó á los rebeldes toda esperanza ulterior. La fortuna no abandonó por tanto al cardenal á pesar de la derrota.

No tardó en verse amenazado luego en la misma base de todo su poder, la confianza del rey.

Ya sabemos que Luis XIII conservaba y soportaba de muy mala voluntad á su ministro principal. Este creyó proceder muy hábilmente dando al débil monarca por compañero y favorito al joven Enrique de Cinqmars, vástago de la familia Effiat, íntimamente adicta al cardenal, y sujeto amabilísimo, de inteligencia viva, de buena presencia, carácter fogoso y mucha ambicion. Supo Cinqmars conquistarse en efecto completamente la voluntad del rey, el cual le dió el empleo mas elevado de la corte, el de caballero mayor; pero esta brillante posicion no bastó á sus ambiciones, y el servidor, la hechura quiso ser dueño, y pretendió impetuosamente tener una participacion en la direccion de la política y del ejército, pretension que Richelieu le negó rotundamente. Furioso con esta negativa, trató de vengarse enemistando al rey con el cardenal, y ya creia haber ganado la partida y poder tomar disposiciones mas trascendentales, engañado con las muchas muestras de aversion hacia la persona del cardenal que el rey prodigaba en la intimidad, cuando le perdió su misma precipitacion. Habíase puesto en relaciones con el príncipe Gaston de Orleans por medio del consejero del parlamento de Thou, hijo del gran historiador de este nombre, y para mas asegurar el éxito de la empresa, que era nada menos que asesinar al cardenal, y en caso de salir mal tener un poderoso auxilio, celebró por medio de un enviado de su confianza en marzo de 1642 un convenio secreto con el gobierno español, enemigo mortal de su patria, segun el cual la España socorreria á los conjurados con dinero y tropas en cambio de una política amistosa y de la restitucion de todas las conquistas hechas por la Francia. Basta este solo documento para probar quién era el patriota y defensor del trono y del país. Richelieu supo adquirir este cuerpo de delito y lo presentó al rey, el cual inmediatamente se puso del lado de su ministro, y le entregó en 12 de junio de 1642 á los criminales, su favorito, y los demás secuaces amigos suyos. El cardenal se hallaba entonces en su lecho de muerte; pero esto no impidió en nada su venganza; y á pesar de que la juventud, el talento y la firmeza de ánimo de Cinqmars y de su amigo de Thou les habian ganado la voluntad de los jueces, fueron ejecutados como culpables de alta traicion. El duque de Bouillon, preso tambien, obtuvo su libertad, pero á costa de su ducado independiente de Sedan que hubo de ceder á Francia, que desde mucho tiempo acechaba esta presa.

El triunfo de Richelieu fué completo.

Al estudiar á este genio nos pasa ahora una cosa análoga á la que pasó á su rey Luis XIII; porque esta poderosa personalidad, que abarcó lo mas grande como lo mas pequeño, la política de toda la Europa como la mas miserable intriga palaciega, nos llena de admiracion y hasta de profundo respeto; pero al propio tiempo nos horrorizamos al contemplar la crueldad inflexible, fria, sin consideracion con que aquel hombre perseguia y castigaba á sus enemigos personales á quienes consideraba tambien enemigos del Estado. Jamás se vertió tanta sangre ilustre bajo pretextos extralegales como en tiempo de Richelieu. Los grandes que se libraron del hacha del verdugo vivieron en el extranjero ó desterrados á alguna de sus posesiones mas apartadas. Al clero y al parlamento se les conservaron sus privilegios solo hasta donde no chocaban con el absolutismo de la corona; quedando suprimido todo lo que podia ser obstáculo al poder absoluto, sin tenerse para nada en cuenta los derechos mas sagrados. La nobleza inferior fué paulatinamente renunciando á la independencia y libertad omnimoda que hasta entonces habian gozado sus individuos á manera de pequeños soberanos en sus patrimonios, para dedicarse con ahinco y ambicion al servicio del rey en el ejército terrestre ó en la marina. En cambio tuvo Richelieu grandísimo cuidado de conservar á las clases superiores sus privilegios sobre las inferiores, creyendo sin duda evitar con esto el peligro que para la corona misma naceria del absolutismo general, directo é igual del rey sobre todas las clases sociales. En esto no acertó con sus medidas, que resultaron insuficientes con el peligro que su genio penetrante le descubria, porque habiendo quitado á los privilegiados toda autoridad, sus privilegios resultaron á los ojos del pueblo mas chocantes, mas opresores, irritantes, despóticos é irracionales, y fueron mirados como usurpaciones del derecho sin los deberes correspondientes. Esta aristocracia, que solo dependia del beneplácito del soberano, podia tiranizar y tener esclavizado al pueblo, dejándolo al propio tiempo expuesto á la accion de la corona, porque ya no existian ciertos eslabones feudales intermedios que antes desviaban ó embotaban la accion directa del poder central sobre el pueblo bajo. En este concepto se ha considerado con razon á Richelieu como primer causante de la revolucion de 1789. En su tiempo estaban todavia atrasadas las clases medias, y la nobleza demasiado degenerada para poder hablar de libertad y prescindir de la monarquía autocrática, sin que por eso esta forma de gobierno dejara de tener inconvenientes y de engendrar serios peligros para la sociedad y el país, tratándose de un pueblo tan movidizo, inteligente y sensible.

Tambien fué Richelieu el fundador de aquel organismo poderoso, que llamamos burocracia, cáncer que desde mucho antes de la gran revolucion roía las entrañas del pueblo francés, envenenando su vida política y social. Richelieu, en efecto, organizó la administracion del país en el sentido mas centralizador posible, para llegar paulatinamente al ideal de ese sistema, en el cual algunos ministros disponen y deciden en nombre del rey de la suerte de millones de súbditos. Este sistema, en último resultado, ¿redunda en bien del trono y del pueblo? Seguramente no, si se le considera en general y en su conjunto.

Del consejo de Estado hizo Richelieu el instrumento central de la omnipotencia ministerial. Esta corporacion se componia de 31 miembros, y en sus atribuciones entraban no solamente la conservacion del orden público en su acepcion mas lata, el reparto de las contribuciones y su administracion, sino tambien el fallo en todas las causas que tenian que ver con la hacienda pública y con la administracion



en general. En este último concepto invadía el consejo de Estado continuamente el terreno de los tribunales de justicia comunes, si el ministro que dirigía la nave del Estado lo quería, y de esta corporación se servía también Richelieu con preferencia para sus actos despóticos, sacando de su seno los jueces para las comisiones investigadoras extraordinarias que sin ningún escrúpulo entendían y fallaban en las causas políticas prescindiendo de todas las formas legales y de todas las garantías favorables al acusado. También sacó de esta corporación sus más hábiles y despóticos funcionarios administrativos, entre los cuales fueron siempre los más notables los llamados intendentes, inventados por Richelieu, y desde su creación los instrumentos principales de la omnipotencia ministerial y del gobierno absoluto hasta la revolución. Durante los primeros años solo habían sido enviados excepcionalmente a las provincias como agentes del gobierno, encargados de vigilar el exacto cumplimiento de la administración de justicia, del cobro de contribuciones, de la ejecución de obras públicas y otras cosas análogas; pero desde el año 1635 se transformaron estos cargos accidentales en permanentes, con atribuciones extraordinarias en los ramos de orden público, justicia y hacienda. Los intendentes solo eran responsables ante el ministro que los enviaba, cuya voluntad era también su única regla de conducta; de suerte que tal institución, más que absolutista, era despótica, y se extendía sobre el mismo aristocrático gobernador de la provincia, cuyo cargo quedaba así reducido a un mero título honorífico, que solo figuraba en las grandes ceremonias. Con mucho tacto nombraron los ministros, tanto Richelieu como todos sus sucesores, para el terrible cargo de intendentes, empleados jóvenes de la clase media, que no tenían más privilegio, poder y apoyo, que la confianza y la benevolencia de su amo, el ministro omnipotente. Ante sus extraordinarias atribuciones redujéronse en casos de competencia las ordinarias de los tribunales y en especial las de los parlamentos a los cuales una ley prohibió expresamente toda ingerencia en cuestiones políticas y administrativas, limitando su actividad exclusivamente a los casos de derecho civil común y criminal. Desde entonces no hubo en Francia ningún amparo contra la tiranía y los excesos y desafueros de la administración.

Esto, unido a la exorbitancia de las contribuciones, a la política inclemente, dura, fría y opuesta a todos los usos y manifestaciones populares, hizo a Richelieu completamente antipático a los franceses, a pesar de su elevada categoría y de sus innumerables servicios en bien de la Francia; pero el terror sellaba todos los labios hasta el momento en que el grande hombre espiró. En 4 de diciembre de 1642, murió de una enfermedad de pecho muy larga, trabajando hasta su postrer momento con inquebrantable energía y constancia en los negocios públicos. Apenas se supo su muerte, la indignación del pueblo se desahogó en sátiras, recriminaciones, estribillos e injurias a su persona y a la de sus parientes a quienes había colmado de favores. El rey nada hizo para defender la memoria de su ministro, y lo único que dijo cuando le llevaron la noticia, fué: «¡Ha muerto un gran hombre de Estado!»

Richelieu quiso establecer la preeminencia de la Francia en todos los terrenos, no solo en el político, sino también en el intelectual. Muy amante de las bellas letras, creyó su cultivo indispensable para el brillo de su patria, y quiso, como realmente sucedió más pronto de lo que nadie hubiera pensado, que el idioma francés se hiciera universal, reemplazando en este concepto al latín, como éste había reemplazado al griego en su tiempo. A este fin era necesario purificar y perfeccionar el idioma patrio; y a fuer de hombre

lógico y original en todo cuanto emprendía, fundó en 1635 la Academia francesa, con el objeto principal de formar un diccionario modelo y completo de la lengua francesa, y su gramática, retórica y poética correspondientes; obra destinada en resumen a acumular gran abundancia de materiales para que cualquiera, dotado de mediano talento, pudiese producir luego obras maestras en el idioma francés. Aquí se ve la centralización en el terreno de las obras intelectuales obrando como en la política; el Estado fabricaba los literatos y poetas, y los dirigía en sus tareas según reglamento; el Estado o la corporación creada al efecto había de juzgar sus obras y recompensarlas según su mérito. Sin duda tales disposiciones fomentaron en gran manera la literatura francesa, impidiendo al propio tiempo que sus trabajos bajaran de cierto nivel; pero por otro lado ahogaron la originalidad y destruyeron el sello de la individualidad de los autores del llamado *período clásico*, pues todos tienen un aspecto de uniformidad y de patron convencional, que dista muy mucho del vigor, lozanía, ingenio y carácter popular que distinguen a la literatura francesa del siglo XVI. No compensan la finura, el compás, la simetría de formas y la *destreza práctica* que los literatos adquirieron en la senda trazada por Richelieu, la uniformidad del contenido y la falta de potencia vital que caracterizan a la poesía francesa de la época gloriosa de Luis XIV.

Juntamente con la corporación científica encargada de fomentar y vigilar la educación nacional, nacieron y se formaron también los centros oficiales para dirigir la educación social. El primero de aquellos círculos literarios distinguidos que durante dos siglos ejercieron tan grande influencia sobre la buena sociedad, formóse ya en los últimos años de Enrique IV en los salones de la marquesa de Rambouillet, donde se reunían con los magnates amantes de las artes y letras, los literatos más notables, ocupando por primera vez el lugar que les corresponde al lado de las clases más altas de la sociedad. Era esto un nuevo e importante medio de educación, bien que incompleto y solo en una dirección determinada, de los autores de aquellos tiempos. Aprendían el buen tono, los modales y el espíritu de la buena sociedad que les apartaba de la rudeza y falta de gusto del pueblo bajo, pero de paso también perdían su originalidad individual y característica. Richelieu reunía también en su palacio, llamado entonces Palais Cardinal y hoy Palais Royal un círculo literario muy concurrido y frecuentado entre otras celebridades por Pedro Corneille y Voiture. Este último autor nos da en sus cartas elegantes y pulidas una muestra de la galantería exagerada, artificial y melindrosa que reinaba en aquellos salones.

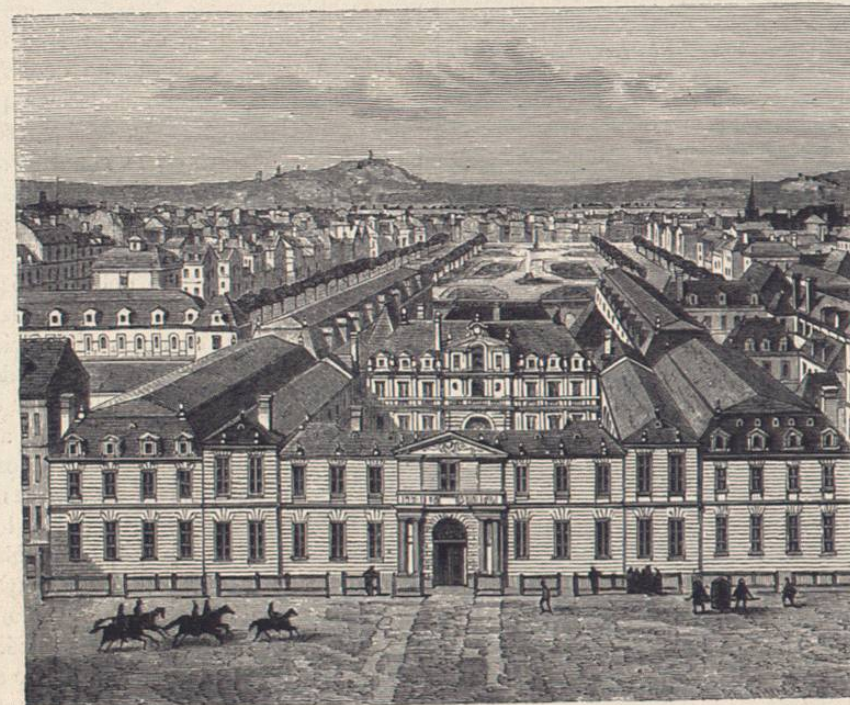
Este vivísimo movimiento literario que dominaba entonces en todas las clases no pudo menos de tomar una dirección única y especial bajo la influencia de la centralización, del sistema de absolutismo real y de las consiguientes exigencias sociales de la época. No se daba rienda suelta a la imaginación juguetera, ni se dedicaba nadie a pensamientos profundos, ni a presentar las cosas tales como eran, con su sencillo pero natural aspecto y ropaje, sino que todos los esfuerzos iban dirigidos a la elocuencia, al arte de hablar de todo en lenguaje elegante, bello, refinado y artísticamente calculado con sujeción a reglas fijas, con un barniz de inteligencia en la materia de que se trataba. Tal era el gran mérito que se buscaba y que no era difícil alcanzar siguiendo las reglas, para cualquier persona de dotes literarias. Este objeto fué el que Richelieu impuso principalmente a la academia en su patente de fundación, en cuyo documento califica la elocuencia de «el arte más noble.» No hay que decir cuán pernicioso resultó necesariamente para la educación

del verdadero buen gusto y la dirección de la literatura, semejante principio basado en último resultado en la ficción y la mentira. Así es que no cabían en aquella sociedad genios tan originales y profundos como Descartes, el filósofo trascendental, que hubo de retirarse a los Países Bajos, donde rechazó después los repetidos ofrecimientos de Richelieu para volver a París.

Mientras hombres como Descartes, Pascal, Balzac y otros dieron a la prosa francesa su incomparable y magistral tersura, claridad, gracia y firmeza, tomó la poesía una dirección cada vez más falsa.

En tiempo de Enrique IV habían dado a la poesía dramática un rumbo bastante independiente, original y nacional,

autores como el poeta trágico Alejandro Hardy y el cómico Larivet, no indigno precursor Molière; mas el espíritu de la época de Richelieu cerró para siglos las puertas a esta clase de compositores originales. Rotrou y Mairet, dos autores trágicos de entonces, siguieron los modelos de la antigüedad, tan poco conformes con el genio de la lengua y modo de pensar de los franceses; pero el gran cardenal opinaba en favor de lo antiguo y aun de las célebres «Tres Unidades» de Aristóteles, y su voluntad era ley, tanto en política como en literatura. Su supremo fallo condenó el drama francés a ser clásico, y por cierto con gran perjuicio del mismo drama. No había más remedio; quedaba decretada una vez para siempre la forma tanto del drama como del lenguaje: de modo que



El Palacio Cardenal, residencia de Richelieu

Pedro Corneille, genio poético vigoroso y decidido, muy inteligente y de finísimo tacto y excelente juicio, tuvo que conformarse también con encerrar sus producciones dentro del cuadro prescrito que no permitía el libre desarrollo de los motivos del drama. Así naufragó estrellándose contra aquella elocuencia artificial y aquel modo equivocado de comprender la antigüedad.

Lo mismo sucedió respecto de las demás artes. La pintura fué impulsada en la misma dirección falsa de la poesía por el ejemplo de Nicolás Poussin, pintor que tributaba fanático culto a la pseudo-belleza, fofa de una antigüedad imaginaria, mal entendida, cargada de accesorios científicos y otros enteramente ajenos al arte. Un ejemplo de la influencia ineludible que ejerció sobre el carácter nacional la pasión por las reglas fijas y los cuadros prescritos, es Eustaquio Le Sueur, pintor de grandes dotes, que vivió desde 1617 hasta 1655, y cuyos cuadros, de correctísimo dibujo y mucha expresión, se distinguen por un idealismo enfermizo, una completa falta de vigor y de fuego artístico y por su tristísimo, monótono y pálido colorido.

La escultura de aquella época es aun peor; porque ya empezaba a tomar aquel carácter puramente pintoresco, agraciado sin fuerza, que dominó después en el reinado de Luis XIV. La arquitectura no se libró de la letal influencia del espíritu formulario y de exagerada simplicidad clásica,

LA ÉPOCA DE LUIS XIV

y también perdió la vida y expresión tan originales, variadas y brillantes del Renacimiento.

Estas fueron las consecuencias del régimen absolutista creado por el gran ministro, y de su pretensión de imponerlo desde un principio a todas las manifestaciones del espíritu nacional sin excepción alguna. En todas partes observamos un vivo movimiento intelectual y mucho talento, herencia de un período más desahogado; y al propio tiempo vemos la centralización y el despotismo invadiéndolo todo, afanosos de dominar y amoldar el carácter nacional a formas frías, sin variedad, calculadas para servir a los fines egoístas del trono, y que acabaron por reducir la exuberancia variada y original de las inteligencias a la uniformidad e insignificancia reglamentarias.

## CAPÍTULO II

### LA JUVENTUD DE LUIS XIV Y MAZARINO

La obra principal del cardenal, su sistema político, sobrevivió a su gran autor. Sin haber recomendado al monarca expresamente la persona que deseaba por sucesor, llamó el rey al consejo de Estado a Mazarino, el discípulo favorito,